

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

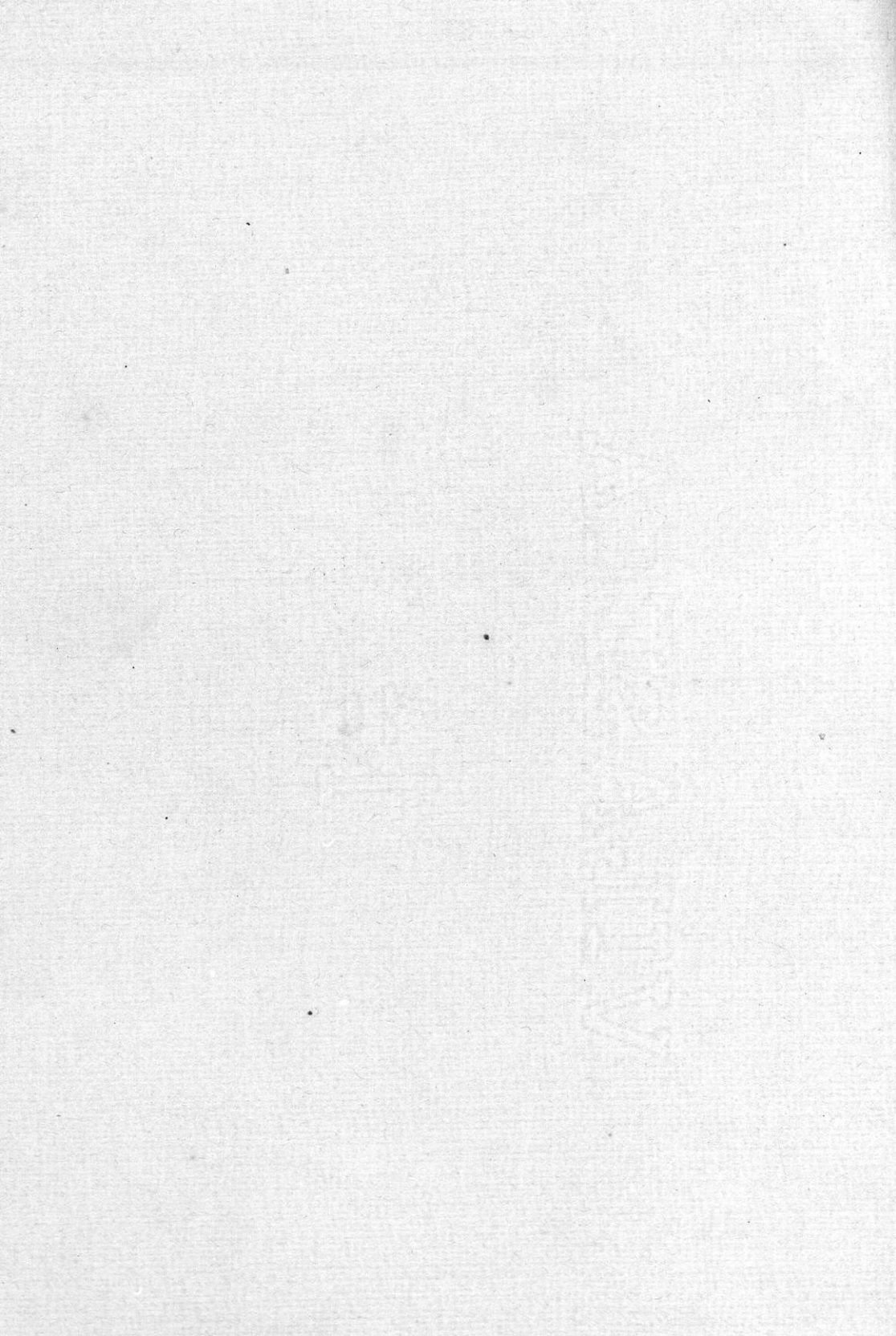
2.ª É P O C A

Año 1953 - - Número 60.



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



156

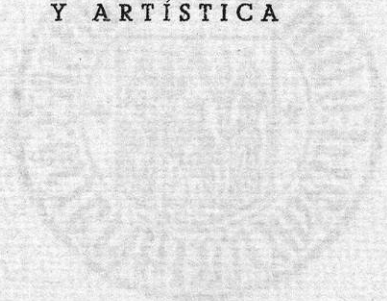
ARCHIVO
HISPALENSE

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. 521

ARCHIVO HISPÁNICO

REVISTA

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1953



Tomo XIX
Número 60

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1953

JULIO - AGOSTO

Número 60

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

- José Hernández Díaz.—*Aportaciones al estudio de la imaginería barroca andaluza*..... 9
Aurelio Alvarez Jusú.—*La Justicia sevillana desde Alfonso XI hasta la Audiencia de los Grados*..... 17
Juan de Mata Carriazo.—*El «breve parte» de Fernán Pérez del Pulgar*. 51

MISCELANEA

- Carlos Cañal.—*Soledad y compañía de Cristóbal Colón*..... 77
Juan Nasio.—*La España que heredó Cajal*..... 81
Martiría Sánchez.—*La imagen de San Jerónimo de la iglesia parroquial de Cuacos*..... 87
José Andrés Vázquez.—*Desde Japón a Roma, pasando por Sevilla*.. 89
*** *Premios y becas de Bellas Artes de la Excma. Diputación de Sevilla* 93

- LIBROS: Varios..... 97

- CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz —*Cristóbal de Morales* 105

- CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.—*Diciembre, 1946*..... 113

ARTICULOS ORIGINALES

ENSE

ARTICLE OF ASSOCIATION

LIBRERIA Y EXAMINADORA DE CRISTÓBAL
COLÓN

MISCELANEA

SOLEDAD Y COMPAÑÍA DE CRISTÓBAL COLÓN

Nos llega de Génova el número primero de la revista Bollettino Cívico Instituto Colombiano (enero-marzo, 1953), especialmente dedicada a estudios sobre Cristóbal Colón; el que según su carta dirigida desde nuestra ciudad al "protector" del genovés Banco de San Jorge, en 2 de abril de 1502, afirma que "bien que el cuerpo ande acá —Sevilla— el corazón e allí —Génova— de continuo". Entre el interesante texto del Boletín, magníficamente redactado y bellisimamente ilustrado y estampado, hallamos, en castellano, el artículo que sigue del actual embajador de España en Montevideo, don Carlos Cañal, marqués de Saavedra, sevillano ilustre.

Sólo en soledad —soledad activa, creadora— logra alcanzar el hombre la verdadera altura de su ser. Y es tan cierta esta regla, que ni siquiera los hombres vocados a la operación política logran sustraerse a ella. Ni César, ni Bonaparte; ni, por supuesto, Colón.

Entre los muchos días de soledad del Descubridor, ninguno parece tan definidor de su persona como los que transcurren —el cielo arriba y la mar debajo—, desde el 7 de septiembre hasta la noche del 11 de octubre del año 1492. Ordenando a su mínima flota salir de las Islas Canarias, rumbo a Occidente, Colón ha lanzado, por fin, el dado de su fortuna. Ya no tiene ante él sabios que consultar ni poderosos de quienes solicitar. Hállase a solas con su destino. Tratemos de entender, a una distancia de medio milenio, la estructura interna de esa humana soledad.

LA SOLEDAD DE COLON

Toda soledad requiere términos de referencia y definición. No se

está solo sino «frente a»: frente al mundo visible, frente a los hombres. La soledad humana debe constituirse, por necesidad, afirmando al cosmos y a los hombres; éstos no son y no pueden ser vacío, sino frontera.

Sólo frente al cosmos se halla Colón. A un lado el cielo, a otro el mar; ya lo he dicho. Tanto más solo, cuanto que uno y otro le muestran un rostro insólito, adverso, desconcertante.

El mar se asemeja a una fabulosa pradera inundada: «Hallaron grandísima cantidad de yerba —escribe el Padre Casas, comentando el *Diario*—, que parecía que la mar era llena della. Esta yerba veces los alegraba, creyendo que verían presto tierra, veces los hacía casi desesperar, temiendo dar con ella en alguna peña». El cielo, por su parte, muestra señales nuevas. A partir del 13 de septiembre se hace patente en las brújulas la declinación magnética. Nunca ha ocurrido cosa igual, desde que los hombres navegan. «Mucho más se asombró (el Almirante) al tercer día —nos dice Hernando Colón—, cuando ya ha ido cien leguas más adelante de aquel paraje, porque las agujas, al principio de la noche noroesteaban con la cuarta, y a la mañana se dirigían a la misma estrella».

Solo o casi solo se halla Colón, también, frente a los hombres. El genio de la curiosidad y el genio del valor —o, en su defecto, la fe que Fray Luis de León llamó «determinada y animosa»— saben caminar con resolución hacia la meta incierta. El hombre vulgar, en cambio, suele ver la incertidumbre como amenaza; y, puesto frente a ella, suele inclinarse hacia la costumbre, cuando no llega al extremo de caer bajo el imperio del instinto. O, con otras palabras, bajo el terror.

Así la mayor parte de los hombres que rodean a Colón. No son, en verdad, varones de ánimo escaso; por eso han querido acompañarle en su aventura. Mas tampoco pueden dejar de ser hombres vulgares, y se aterran. Les aterra la extraña y novísima alteración de la brújula: «tomaron los pilotos el Norte marcándolo, y hallaron que las agujas noroesteaban una gran cuarta y temían los marinos, y estaban penados y no decían de qué» (Las Casas). Les empavorece, a la vez, el aspecto herboso del mar: «como quiera que el miedo lleva la imaginación a las cosas peores, temían hallarla (a la hierba) tan espesa, que quizá les sucediese lo que se cuenta de San Amador, en el mar helado, del cual se dice que no deja avanzar a los navíos» (Hernando Colón).

Frente a la extrañeza del cosmos y al terror de los hombres, Colón ejercita su soledad y nos da la altura de su propia hombría. Fe, lucidez intelectual y trato de gentes son los nombres de sus armas. Una hondísima fe en Dios y en sí mismo —Colón, cristiano del Renacimiento— le hace esperar el buen término de su empresa: «esperó —según expresión propia, a los diez días de alta mar— en aquel alto de Dios, en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra». Así ha sido siempre, desde su llegada a nuestra Península. Pero su fe no es ciega ni torpe. Sabe entender brújulas, evitar sargazos y hablar con pa-

labra idónea y persuasiva a los marineros aterrados. Recuérdese la argucia con que disipó el temor general a la nunca vista desviación de la aguja magnética (*), y cómo supo aderezar la promesa, el halago y la amenaza para reducir el incipiente motín de su gente.

El primer viaje de Cristóbal Colón es la victoria del hombre que sabe vivir y crear en incierta, amenazada soledad.

LA COMPAÑÍA DE COLÓN

Pero la soledad del hombre, ser al que tantos han llamado «animal político», ¿puede ser total y absoluta? ¿Hallóse enteramente solo Cristóbal Colón durante su primer viaje a las soñadas costas del Cipango y el Catay?

Los documentos relativos a la empresa colombina se adelantan a dar una respuesta negativa. No son vulgares todos los hombres que navegan a su lado. Entre ellos descuellan, hasta ser capaces de prestar verdadera compañía al Descubridor, los tres hermanos Pinzón. Por dos veces deciden éstos la suerte final de la empresa. Una, contra los hombres, otra contra el mar.

Cuando el ánimo de Colón decae, asediado por el descontento y el terror de la marinería, le dice el indomable Martín Alonso: «Señor, ahorque vuesa merced media docena de ellos y échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandato de tan altos príncipes no había de volver atrás sin buenas nuevas». Pinzón logró aquietar a la gente y el Almirante exclamó: «¡Bienaventurado seais!» Y en la noche del 6 de octubre, tan decisiva en la derrota del primer viaje colombino, es también el mayor de los Pinzones quien acierta a encontrar el buen rumbo. «Señor, corramos quarta en el Sudueste», aconsejó a Colón, según el testimonio del marinero García Hernández; «y entonces dixo el dicho Almirante que se ficiese norabuena».

Algo más que el ánimo español y la experiencia náutica de los Pinzones acompaña, sin embargo, al máximo genovés. Préstale también compañía la sombra de España, bajo especie de poder real. El prestigio auroral y brillante de los Reyes Católicos, la confianza que éstos han sabido poner en su nuevo súbdito, la esperanza en las mercedes prometidas y el temor del posible castigo son, acaso, los más eficaces argumentos de Colón y los Pinzones frente a la incipiente defección de la marinería.

(*) «...temían los marineros, y estaban penados y no decían de qué. Conociólo el Almirante, mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas; la causa fué porque la estrella que parece hace movimiento y no las agujas» (Las Casas). Este texto ha sido muy bien valorado por J. B. Charcot, en su libro conocido *Chistophe Colomb vu par un marin*. París, 1928.

«Reía el Almirante con ellos —escribe Las Casas, glosando el *Diario*—... y algunas veces representábales cuanto rigor podrían los Reyes usar con ellos, habiendo dejado de proseguir una demanda, de que tan averiguadas señales habían visto para estar cerca». Más fuerte aún es el testimonio de Francisco Morales sobre la actitud de Colón: «haciéndoles entender a los marineros que no hacían gran cosa con matarlo a él..., y que su muerte le sería caramente demandada por los Reyes». Y, junto al recuerdo del poder real, la invocación de lo que la condición española exige de quienes la ostentan: «y rogaba que mirasen... —son palabras del P. Las Casas— cuanto vituperio sería de la animosidad de los españoles volverse, sin haber visto lo que deseaban...»

La esforzada y creadora soledad de Cristóbal Colón durante su primer viaje recibió compañía suficiente de tres recursos principales: su viva confianza en la Providencia Divina, la hombría de los españoles y el alto prestigio de la naciente historia moderna de España. Los primeros actos del Almirante al desembarcar en la tierra deseada son como expresión gradual o reconocimiento expreso de aquello en que su ánimo se apoyó, cuando él estaba sólo. «Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas, dan gracias inmensas al Todopoderoso Dios y Señor...» (Las Casas). «Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y: encima de cada letra su corona» (Hernando Colón). Igual sentido tiene el orden de los nombres que Colón inventa, para dar existencia histórica a la nuevas islas: San Salvador, Santa María de la Concepción, Fernandinas, Isabela, La Española.

Dios y España fueron el primer regazo de la idea primera de América. En su realidad tuvo compañía la soledad de Colón, y con sus nombres comienza la historia universal del Nuevo Mundo.

CARLOS CAÑAL.